Por nuestra parte, conscientes de la responsabilidad contraída con la Familia Brinckmann y como un homenaje póstumo a la memoria de Lutz, hemos querido editar este pequeño folleto en el que se consigna un esbozo biográfico del mismo, además del catálogo de su biblioteca, en el que, por orden alfabético, se consignan todas y cada una de las obras que la conforman, las cuales podrán ser consultadas en la Sala de Historia de nuestra Biblioteca.

Porfirio Tamez Solís
Director de la Capilla Alfonsina

PALABRAS PARA LUTZ BRINCKMANN

Humberto Salazar

Diciembre 27: Tres grados centígrados. Crudelio. Hoy por la mañana regresé de casa de Lutz y Bárbara. Mi mamá ya me andaba buscando, le había hablado a todos mis amigos. Tres días de posadas con sus noches. Lutz y Bárbara viven en una casa blanca y azul, muy grande, en la colonia Altavista, casi enfrente del Tec. Tienen dos hijos: Jenny e Inti. La decoración es latinoamericanista, rusoniana. Tienen una biblioteca nutrida y variada, una mesa de ping pong, discos de música marxista-leninista (como diría Colunga), varios perros, un patio grande con columpios y una cocina bien establecida.

Esto es, palabras más, palabras menos, lo que puede estar escrito en alguna de mis agendas, entre 1978 y 1980, años de reiterada recordación sin duda entre quienes fuimos estudiantes y jóvenes en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, entre fines de la década de los setenta y principios de los ochenta, cuando en este mundo todavía andábamos buscando la utopía.

Diez años después, diciembre de 1991, estoy parado frente a la que fue casa de Lutz y Bárbara, Jenny e Inti. Casi no la reconozco, pero como quiera los recuerdos llegan rápido en el tobogán de la nostalgia. En el vestíbulo está el perchero con los sombreros, boinas y cachuchas de Lutz, más algunos abrigos y sacos visitantes. En la sala hay una fiesta (creo que es posada) que se sueña eterna, amenizada por Carlos Puebla, Irakere, Piazzolla y Moustaki. En el espacio del centro bailan, con entusiasmo desigual, Elisa y

Patricia, Marcela y Lourdes, Alma Rosa y Lety, Rosa la Esplendorosa y María Luisa, Alicia y la Chiquis... En el estudio dos Héctores: Lazcano y Subirats, liman vía ping pong sus diferencias ideológicas. En el patio hay un columpio donde se mece melancólicamente la profesora de sociología rural.

Hoy, todo ha de estar muy diferente adentro de la casa. Los años que han pasado juran que César ya no podrá seguir comiéndose los choco krispies de Inti; que el médico ya no podrá marear a los pericos con el humo del flavio; que las discusiones esencialmente inacabables sobre la mejor vía al socialismo ya están pasadas de moda; que aquí se rompió una taza y ya Colunga, Pato, César, Veloquio, Lacho, Meynardo, Luis Lauro, Lety, Oto, Alma Rosa, Lutz, Guille, Bárbara, Rosy, Paco, Aniceto, Pepe, Gibaja, Canseco, Efraín, Marisa, Blanca, Graciela, Alfredo, María Luisa y los demás ya se fueron para sus respectivas casas; que la caída del muro del Berlín; que el fin de las ideologías; que la posmodernidad; que pues ya de plano la náusea del señor Sartre.

Yo nunca tomé clases de historia con Lutz, ni de lingüística con Bárbara. No los conocí como maestros en el plan formal pero sí como amigos generosos, como adultos poco convencionales que dejaban su Iglesia en manos de Luteros, que disponían de su patrimonio con espíritu veinteañero y lo dejaban encargado, cuando se marchaban de vacaciones, a especímenes de poco fiar como los jóvenes marxistas de café que infestábamos su hogar magnánimo.

César Gutiérrez, que sí fue alumno de Lutz en el colegio de historia, es quien seguramente podría recrearnos una de esas cátedras de historia medieval con fidelidad hiperrealista. Yo no tuve nunca la oportunidad de conocer a Lutz en ese plano y alguna vez, en su casa, cuando intercambiamos ideas en torno a lo que para nosotros era entonces el meollo del asunto (la teoría marxista de la sociedad),

no estuvimos que digamos muy cerca uno del otro. Pero el magisterio de Lutz y Bárbara, con los estudiantes de Filosofía y Letras de esos años, sobrevolaba el ámbito del pizarrón y los exámenes, salía a tomar el aire de los días. Magisterio existencial y moral, más que académico o ideológico, su importancia crece en mi memoria conforme pasan los años y, en este momento, quisiera haber procreado palabras menos torpes, en tono mayor, a la altura de la alegría que moraba en nuestros corazones en esos días que, sabemos, ya no volverán.

D.H.

LUTZ BRINCKMANN: APUNTE BIOGRAFICO

Meynardo Vázquez Esquivel

Lutz Brinckmann fue un enamorado de América Latina, especialmente de México. Sin duda puedo afirmar que sus días de mayor felicidad personal, éxito y satisfacción en diversos aspectos, le sucedieron pisando suelo americano o pensando en la Universidad de Hamburgo en Alemania, y apenas un año después había definido su futuro académico, al integrarse al grupo de estudiantes dirigidos por el doctor Günther Zimmermann, americanista consumado; quien contagiara notablemente al joven Lutz, que por esas fechas sumaba veintitrés años. A partir de entonces y hasta 1964, se concentraría en adquirir cuanto fuera luego su dominio académico: Lenguas y Cultura de México y Mesoamérica; Historia Colonial; y Antropología.

De 1964 a 1965, viviría una significativa estancia en la Universidad de Sevilla, acentuando su preparación en la Historia Social y Administrativa de América Latina, Derecho indiano y Paleografía Hispanoamericana. Allí delinearía sus proyectos de trabajo a mediano y largo plazo; aprovechando para tal propósito: El Archivo General de Indias en Sevilla, El Archivo Nacional de Madrid; en ellos obtuvo información abundante, con la que bosquejó su Estudio de la Población en México del siglo XVI.

En 1966, Lutz Brinckmann se encuentra de nuevo en Hamburgo, donde asumiría la jefatura del Catálogo Central de Literatura Iberoamericana del Instituto Iberoamericano de aquella ciudad, cargo que desempeñó hasta 1969. En-

tonces presenta su trabajo «Las relaciones geográficas de los agustinos en la Nueva España, 1571-1572», con el que obtendría doctorado en Historia, por la Universidad de Hamburgo. El mismo año se integró al Instituto de Lenguas y Culturas Indígenas, fungiendo como asistente, nada menos que del doctor Zimmermann. Günther Zimmermann se había propuesto no sólo heredar a Lutz su querencia por México y América, sino su cátedra; revisando el archivo de Lutz, me di cuenta que aquel maestro le confió también algunos de sus materiales, seguramente sabedor del buen aprovechamiento que Brinckmann haría de ellos.

En 1971, la Fundación Alemana para la Investigación Científica, Deutsche Forschungsgemeinschaft, le otorgó una beca para que iniciara su investigación histórico-demográfica en la región Puebla-Tlaxcala; esto permitió a Lutz y su familia, viajar por vez primera a México durante un año, entre 1972-1973, acopiando información para su trabajo, cuyo objeto, era la realización de un análisis estructural comparativo en poblaciones de Oaxaca y Puebla; conocer la interdependencia entre ciudad y campo de la época colonial. Esto lo condujo a recorrer los respectivos archivos civiles y religiosos. De dicho apartado, y lo referente a la estructura demográfica y estratificación social de la citada región, ès que hoy disponemos de documentos en copias y/o fotografías realizadas por él. Con ese material en sus valijas, inyectado y cubierto con emociones y recuerdos de muchos pueblos o ciudades de México, regresaron Lutz, Barbel y su pequeña Jenny a Hamburgo, los primeros meses de 1973; para entonces los efectos del movimiento estudiantil de 1968 persistían. En la Universidad de Hamburgo, eran evidentes las discusiones entre resistencia y cambios de la orientación, función u objetivos de la investigación social; discusiones a las que se incorporan Lutz Brinckmann y su esposa Bárbara. Y a sugerencia de los integrantes del Centro de Estudios Latinoamericanos (CE-

LA), incorporado a la misma universidad, asume Lutz su dirección hasta 1974.

En 1975, el doctor Brinckmann vuelve a México; la oportunidad de continuar aquí su trabajo, se ve favorecida por la aceptación de su compañera, en un intercambio académico, México-Alemania. El centro de trabajo asignado fue Monterrey. Una región tan opuesta cultural y geográficamente por la vasta arquitectura colonial, mucho menos por la integración de sus etnias a la sociedad urbana –pues hace casi un siglo, los últimos herederos de ellas dejaron de existir–; sino por la gente. Entre estos norteños, broncos a veces, encontraron un grupo con quienes se identificaron; pese a las diferencias ideológicas imperantes en la comunidad académica, hubo siempre solidaridad de la buena; aquí enraizaron sus nuevos sueños, esperanzas y su familia. La investigación de Lutz por tanto, no adquirió la celeridad presupuesta ; debió buscar en Monterrey nuevos horizontes de trabajo. Ese año (1975) se desempeñó como director administrativo del Centro Cultural Alemán; a la vez iniciaba su labor docente, como maestro invitado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, para los colegios de Historia y Sociología.

Publicó en 1976 «Cerro de la Estrella, Culhuacán D.F. un pleito típico entre indígenas y españoles durante la Colonia»; así como «Sur de Veracruz» a finales del siglo XVIII un análisis de la «Relación de Corral». A partir de entonces, fue más notoria en Lutz su aprehensión a la cátedra y de manera especial a los estudiantes; pocos maestros tuvieron por esos años, la confianza a líneas de investigación que nada tenían en común con su proyecto de historia en el México Colonial; dado el respeto y la confianza con sus alumnos, pudo ejercer presión si no motivarlos y obtener así, prontos avances de su trabajo personal, más nunca lo intentó. Parecía no tener prisa; iba llenando el tiempo, entre el salón de clase y su investigación. En 1980, él y su

esposa fueron invitados a ocupar el departamento de asesoría académica de rectoría en nuestra Universidad Autónoma de Nuevo León; desde donde contribuirían, implementando distintos proyectos académicos, tendientes a superar el horizonte universitario. Embarcado en esa nueva responsabilidad, con sus estudiantes y su investigación, pasaría Lutz Brinckmann sus últimos días. Publicó todavía en 1989 «Aspectos demográficos del siglo XVIII en México»; mientras preparaba la edición de un estudio (el cual quedó en proceso), referente a las epidemias que desvastaron la población en Puebla-Tlaxcala durante el mismo siglo.

Con el acto que hoy realiza la familia Brinckmann, se cumple uno de los deseos de Lutz, depositar en esta biblioteca universitaria «Capilla Alfonsina», lo que fuera el motivo principal de su primer viaje a México. Y podrán ser consultados desde ahora en este recinto, los censos del Virrey Conde de Fuenclara 1746 y del Virrey Bucareli y Ursúa 1777, el padrón militar del Virrey conde de Revillagigedo 1794; así como los archivos parroquiales de Tecali y Cuautinchán entre otros.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA HISTORIA

A la memoria de Lutz Brinckmann

Francisco Ruiz Solís

Estudié Sociología a finales de la década de los 70s. Esta formación y el ambiente político y cultural de esos años, marcaron significativamente mi vida. La sociología, la historia y las experiencias vividas en aquellos años representan algunas de mis más intensas satisfacciones.

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León era todavía en aquellos años uno de los pocos lugares donde se podía aprender algo sobre sociología, historia, filosofía y literatura. Además de ser el espacio académico más avanzado en ciencias sociales y humanidades, en todo el estado; representaba también un espacio vital, una sede de la libre expresión teórica y efectiva, donde se ejercitaba la creatividad y la imaginación con las únicas limitaciones que imponían la condición personal y la pertenencia a un grupo o un partido.

Mis años de estudiante fueron un periodo de descubrimientos que se sucedían sin descanso, constantes y atractivos, de ellos probablemente el más importante, a nivel teórico, fue el de la historia y su relación con la sociología.

Los estudiantes de sociología e historia compartimos este descubrimiento, en las aulas, en fiestas y cantinas, en aventuras y proyectos. El descubrimiento de la importancia de este conocimiento teórico se expresó también en una relación de amistades y complicidades mutuas.

Los estudiantes de ambas disciplinas tuvimos como maestro de historia a Lutz Brinckmann, a Mario Cerutti y a

Domenico Síndico, figuras intelectuales determinantes en nuestra formación profesional. Entre estos los que mostraron un mayor acercamiento con sus alumnos fueron Lutz Brinckmann y su esposa Bárbara. De Lutz recordamos su extraordinaria minuciosidad para detallar y recrear los eventos de guerra; la forma en que estaban construidos los barcos, las armaduras y armas, así como el tipo de alimentación de los hombres europeos que vivieron durante la Edad Media.

Lutz Brinckmann participó directamente en nuestra comprensión de la dimensión histórica de los procesos sociales, económicos y políticos que nos dio una perspectiva consistente sobre el mundo.

Todavía hoy puedo imaginarlo claramente en el aula, apoyado con sus brazos en el respaldo de la silla, expulsando el humo denso de sus cigarros Delicados y hablando en un castellano apenas entendible sobre la historia antigua. Lo recuerdo también caminando por los pasillos de la facultad con su camisa y su pantalón caqui, sus huaraches y su bolsa de cuero al hombro.

Lutz nos dio también una imagen. Fue un hombre sencillo y erudito en su campo; más interesado en los valores prehispánicos y de la mexicanidad que muchos de los habitantes de este país. Dio su amistad a sus alumnos y los aceptó en su casa. Muchos de nosotros recordamos los periodos vacacionales en los que mientras la familia Brinckmann se iba, algunos de sus alumnos nos reuníamos en su casa.

Lutz fue nuestro maestro en un periodo muy especial para nuestras vidas, y que ahora constituye una porción determinante de nuestra historia personal, y de todo un grupo generacional más o menos con las mismas inclinaciones; compartió fundamentalmente aquel espíritu de liberación de la época, que rondaba en las aulas y nuestras cabezas. Las clases de historia de Lutz, su imagen, la amistad con sus alumnos, antisolemnidad y antiautoritarismo, forman parte de nosotros.

El maestro Lutz estaría de acuerdo en que todo lo que vivimos con intensidad, hoy forma parte de una historia que nos constituye como tales.

Hay muchas cosas que se pueden decir en la memoria de un hombre; sin embargo, sólo diré que Lutz Brinckmann representa para mí, la figura intelectual más sencilla que recuerdo con mayor aprecio. Es notable su ausencia en esta ciudad, que no respeta las huellas del pasado.

El Nuevo Mundo

LO QUE SEMBRARAS

Graciela Salazar Reyna

A poco más de dos años que te fuiste, sin despedidas ni protocolos –hasta en eso has diferido del común–, tal como lo deseabas y con la mayor sencillez; te recordamos mientras van tomando lugar tus materiales de trabajo. Esos donde asentaste cifras, lugares o nombres, que fueron identificando más al doctor Lutz Brinckmann con el ser de los mexicanos; pues en el reacomodo de sus notas, papeles y conversaciones con Bárbara, tu compañera de vida, descubrimos algunos de tus afanes y predilecciones. Seguramente, no pocos ex discípulos tuyos, aquí o en el continente del que vinieras buscando nuestras raíces latinas; bastante darán a cambio de tus enseñanzas dentro y fuera del aula. Para nosotros, «la raza», han sido escuela también los muros de tu casa, llena de pájaros, abierta en el sentido más abarcador; fue otra generosa manera de darte, y hoy lo sabemos mejor que entonces.

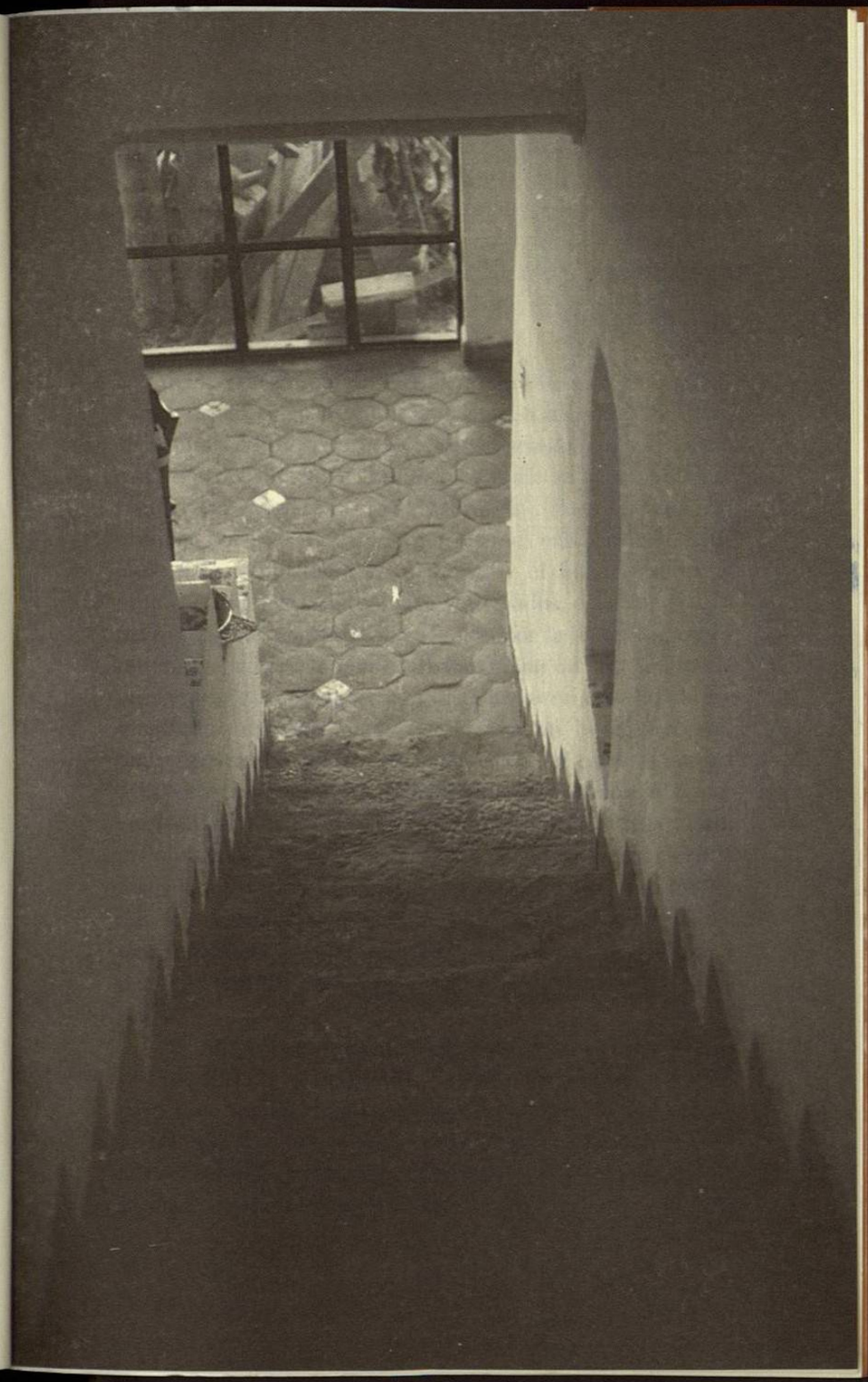
Aunque había decidido vivir lo que le restase, en nuestra tierra; Lutz dirigía sus ojos por toda la geografía humana; historiador al fin, le era natural e imprescindible; registro y apreciación de cuando sucedía, principalmente tratándose de política. Como buen alemán –al menos me parecía el rasgo más acusatorio de su origen–, se inclinaba con peculiaridad, hacia los temas de estrategia militar; conocía en detalle de armamentos, efectivos, municiones, destacamentos o caballerías para las acciones bélicas ocurridas en campos de batalla, tan distantes como diversos

en tiempo y espacio, ya Europa, Asia o América, antes y después de nuestros días.

Sin embargo le caracterizaban, la mirada clara de quien nada oculta, inquirente, agradecida, y un halo de saber todo; vivo no habría permitido le dijésen algo semejante, era humilde.

Quizá parte de mi estimación estriba en la imagen del maestro; quien atendía con sencillez y cuidados de un principiante, las necesidades de su clase. Muchos le vimos durante años, yendo por los salones de Filosofía y Letras de la UANL, cargando sus instrumentos de apoyo pedagógico.

En una época –fines de los setenta principios de los ochenta fue su casa el rincón extraviado para la raza, el paraíso donde nos reuníamos para tejer aquello que la imaginación o el deseo dictaban. Escuchábamos música de autores e intérpretes cubanos, venezolanos, ingleses, argentinos, chilenos, franceses, griegos y otros a veces «prohibidos»; había de todo siempre en esa guarida.

Algunos siendo estudiantes, tuvimos la fortuna de contar con maestros que determinaron el enamoramiento por la búsqueda, el análisis y la crítica no sólo en nuestra profesión, sino en cada motivo y consecuencia de vivir. Lutz, quien junto a su esposa e hijos adoptó la mexicanidad y decidió quedarse aquí entre los nuevoleoneses; forma parte de ese regimiento de maestros universitarios, que nunca serán bien gratificados por su entrega humana y profesional al ejercicio de la enseñanza.

De cualquier modo, sus actos y sus palabras, hallaron tierra fecunda.